

"Los gemidos"

Cuando en 1922 aparecieron *Los gemidos*, de Pablo de Rokha, provocaron más una indiferencia despectiva que un escándalo. El provinciano Chile de esos años no tenía espacio para un poeta a lo Baudelaire o Rimbaud. Era un libro o varios libros- de formato grueso, con interminables maldiciones, elegías, oraciones, arengas y odas, más en prosa que en verso. No existía entonces ningún movimiento de vanguardia digno de tal nombre y la obra de ese ex seminarista de 28 años era un fenómeno tan extraño como el parto de un niño con dos cabezas.

Los otros grandes poetas de Chile estaban todavía en gestación. Gabriela había sido galardonada por sus *Sonetos de la muerte* y publicaba *Desolación*. Huidobro ya estaba asimilado a la poesía francesa. Y Neruda agregaba o suprimía algo a su primer libro, *Crepusculario*, aparecido en 1923.

La primera edición de *Los gemidos*, de no más de 300 ejemplares, apenas se vendió. El crítico Alone dijo que se trataba de "un documento patológico". Y César Bunster, comentarista literario de la revista *Claridad*, agregó que De Rokha coleccionaba "expresiones sucias de pura cepa chilena". Paradójicamente, sólo el joven Neruda elogió *Los gemidos*. Dijo que se trataba "de un impulso hacia la raíz trascendente del hecho" y que el libro entero era "un solo canto, canto de vendaval en marcha que hace caminar con él a las flores y los excrementos, a la belleza, al dolor, a todas las cosas del mundo".

La verdad es que recién a los cien años del nacimiento de su autor *Los gemidos* empiezan a ser conocidos más allá del ámbito de los eruditos y de los exegetas del poeta, que siempre fueron más apasionados que numerosos. Una elegante edición se presentó entonces ante diversas autoridades y un público numeroso en un acto solemne en la Biblioteca Nacional. Uno de los oradores fue Volodia Teitelboim, que nunca fue rokhiano.

Es el punto de partida, tal vez, para el reconocimiento de las catedrales poéticas de un vate tumultuoso, imprecatorio, barroco, épico, romántico, mesiánico, que empleó las palabras como lava volcánica o como golpes furiosos de timbal. De Rokha alteró las formas en uso y se anticipó y superó a las vanguardias posteriores.

Casi nunca tuvo editores que se interesa-



El poeta en su juventud.

ran por publicar sus casi 40 libros. El autor los imprimía por su propia cuenta y luego subía a un vagón de tercera clase de ferrocarriles con grandes maletas para vender directamente su producción en las provincias. Así, no es extraño que las familias de notarios, curas, abogados, boticarios, profesores primarios de todas las regiones del país sean los guardadores de los tomos rokhianos, que es imposible encontrar en las librerías.

No era un ogro como aparecía en su poesía -con relámpagos de ternura y desamparo- y en sus polémicas terribles con Neruda y Huidobro, contra los cuales desató una guerrilla que a menudo la otra barricada respondía con flechas envenenadas.

Le gustaba sentar en su mesa más allá de sus posibilidades. Aparecía como un Pantagruel de los mariscos, las longanizas, las gallinas, los porotos y los pebres de Chile. Vivió siempre a tropezones con la pobreza. Enfrentó como un varón bíblico la tragedia de la muerte prematura de su esposa amada y después el suicidio de sus dos hijos. Puso fin a su vida en 1968 porque se sentía solo y viejo.

El descubrimiento de su gran poesía recién empieza. Fue el creador de un universo que tiene la fuerza de la verdad, los sufrimientos, los grandes sueños, las inclaudicables utopías de un poeta único y quizás irreplicable en la sólida lírica chilena.